



Venezuela: ¿Una potencia revisionista?

Miguel Ángel Latouche R*

SUBVIRTIENDO EL ORDEN REGIONAL.

Las condiciones a partir de las cuales se produce el ordenamiento de las interacciones entre los diferentes actores que componen el orden regional, no es producto de la casualidad, ni consecuencia de las interacciones del libre mercado. Por el contrario, es el resultado de un conjunto de normas que van evolucionando en razón de la manera como se conjugan las relaciones de poder en el escenario regional y cómo a partir de aquellas hacen aparición un conjunto de reglas de obligatorio cumplimiento y ampliamente conocidas por los diversos jugadores. Es evidente que, en principio, lo ideal es que esas reglas sean el resultado de un consenso lo más amplio posible, de manera que las mismas sean aceptadas libremente por la mayoría de quienes se encuentren bajo su ámbito de influencia, es decir, por la mayoría de quienes están sometidos a su arbitrio. Luego de verse sometida durante la Guerra Fría a la influencia hegemónica de los Estados Unidos, América Latina parecía estar lista para confrontar la post-bipolaridad desde una concepción que implicaba, en principio, la búsqueda de soluciones conjuntas, de carácter cooperativo y con importantes posibilidades de generar soluciones de mutuo beneficio.

La disminución de la hegemonía de los Estados Unidos a finales del siglo pasado, requirió de los países de la región una mayor madurez en el manejo de la diplomacia regional, tanto como en el ámbito de la acción política y en lo que tiene que ver con el establecimiento de acuer-

dos regionales y sub-regionales de intercambio comercial. De allí los esfuerzos que desde el ámbito de la integración regional fueran adelantados tanto por la Comunidad Andina de Naciones como por el MERCOSUR, sólo por mencionar a los que consideramos los mecanismos integracionistas más importantes de la región. En nuestro criterio es posible identificar algunas de las convenciones que empezaban a ser adoptadas de manera generalizada por las sociedades que constituyen el ámbito regional: por una parte, se aceptaba la idea de la democracia como modelo de organización social y dentro de esta concepción se favorecía lo referido a la idea de la alternabilidad en el ejercicio de los cargos públicos, el respeto a los Derechos Humanos, la protección de las libertades individuales (incluida, de manera especialísima, la libertad de expresión), garantías asociadas al correcto funcionamiento del Estado de Derecho, protección a la propiedad privada y la libre empresa. Por otra parte, empezaban a aceptarse las ideas integracionistas en lo económico que implicaban el establecimiento de fines comunes: apertura de los mercados, manejo de las asimetrías, cooperación para el desarrollo, resolución pacífica de las controversias, entre algunas otras. Al parecer empezaba a constituirse un espacio para la Paz Democrática y la cooperación.

Ciertamente esto no significó que los avances que se hubieran alcanzado en términos de la reducción de la pobreza, el mejoramiento en la distribución del ingreso y



la inclusión de las grandes mayorías fueran significativos. La política neoliberal de los noventa y los presupuestos del Consenso de Washington fueron insuficientes para garantizar el mejoramiento en las condiciones de vida de amplios sectores de la población, los cuales se constituyeron en el caldo de cultivo propicio para la prédica del nuevo populismo de izquierda, pero más aun para poner en cuestionamiento el modelo mismo de organización post-bipolar que empezaba a caracterizar a la región.

La llegada al poder de Hugo Chávez en Venezuela y posteriormente de Evo Morales en Bolivia, Daniel Ortega en Nicaragua y de Rafael Correa en el Ecuador, hizo posible el establecimiento de un eje populista que intenta revisar en profundidad las convenciones que hacen posible la convivencia pacífica entre los países de la sub-región. La constante prédica antiimperialista, el cuestionamiento al sistema de representación, la utilización en el caso de Venezuela del potencial petrolero para la construcción de alianzas basadas en la transferencia directa de recursos, el apoyo a grupos paraestatales y el intento permanente de subvertir el orden regional se constituyen en la acción que caracteriza la política exterior de los países antes mencionados. En este sentido, se trata de cuestionar desde diversos frentes todos los intentos por mantener el

status quo y de adelantar una reforma progresiva de las instituciones y reglas de juego que caracterizan a la dinámica política subregional.

GRANDES CONTRADICCIONES

Durante los últimos años el gobierno venezolano ha adelantado acciones que han llevado a revisar los contenidos de sus alianzas estratégicas. Hemos visto un acercamiento creciente con países que en el pasado formaban parte secundaria dentro de la agenda de prioridades de la Política Exterior venezolana. Así las relaciones con Irán, Rusia, China, Bielorrusia y algunos países del África, se han privilegiado en detrimento de las relaciones que se mantienen con los socios tradicionales (Estados Unidos, Colombia, Europa). Como vemos, el país ha experimentado un importante acercamiento hacia países cuyo record democrático está, como mínimo, cuestionado por la Comunidad Mundial. En otro orden de ideas, se debe destacar que en el tema de la integración regional Venezuela mantiene una perspectiva heterodoxa cuyo énfasis esta colocado en el tema político por encima del económico y que busca establecer contrapesos en contra de los Estados Unidos. Pero que pudiera implicar, vista la reciente adquisición de material bélico de carácter ofensivo, el estable-

cimiento de una carrera armamentista o, en el peor escenario, la materialización de una hipótesis de guerra subregional.

La acción política que Venezuela sigue en el continente esta orientada a posicionar en éste al proyecto revolucionario bolivariano, a debilitar la construcción democrática continental y socavar desde diversos frentes los modelos de cooperación que pudieran irse conformando. No otra explicación puede darse a las posiciones adoptadas por Venezuela en los diversos foros regionales en los que participa. Así no solamente se adelantó de manera inconsulta la salida de Venezuela de la CAN, se mantienen relaciones poco cordiales con Colombia, se presiona al Perú sometiendo a la diplomacia de ese país al escarnio público, se mantiene una confrontación verbal permanente con los Estados Unidos; sino que adicionalmente se pretende dictar pauta en término de la manera como los países del continente debieran adelantar su propia política exterior, como si los presupuestos revolucionarios tuviesen un carácter supraestatal cuyo incumplimiento implicase el cuestionamiento y el reproche de Miraflores y de la Casa Amarilla.

CONSECUENCIAS INESPERADAS

Durante los últimos años Venezuela ha adelantado un lobby presidencial muy importante a los efectos de garantizar la entrada del país al MERCOSUR. Constantes visitas a los países miembros, apoyo económico, participación en ca-

lidad de observador en las reuniones del mecanismo de integración. Todo parecía indicar que Venezuela pasaría a ser miembro de pleno derecho en el corto plazo. Sin embargo, la adopción de posiciones antidemocráticas en lo interno, particularmente en lo que se refiere al tema de la libertad de expresión, la ausencia creciente de autonomía de los poderes públicos, y la discusión en conciliábulo del proyecto de reforma constitucional, tanto como el endurecimiento de la diplomacia y la adopción de posturas críticas a cualquier posición que se diferencie o contraponga a los intereses de la revolución; han dificultado la aprobación de la incorporación venezolana al MERCOSUR. Deben recordarse las declaraciones del presidente Chávez en contra del Senado brasileño, al cual acuso de estar siendo manipulado por la administración Bush. De la misma manera debemos tener en cuenta la confrontación verbal entre el Canciller brasileño Celso Amorin y su homólogo venezolano, Nicolás Maduro.

La existencia de una cláusula democrática y la incertidumbre de que Venezuela esté en la disposición de cumplir con sus postulados, pero más aun, la pretensión venezolana de transformar y proporcionarle un carácter político revolucionario al MERCOSUR, hace que existan dudas acerca de la conveniencia de que participe en este foro para la integración. En este sentido, el presidente Chávez, en lo que representa una huida hacia delante ha hecho manifiesta la posibilidad de que Venezuela retire la

petición de ser aceptada si la misma no es aprobada en un plazo de tres meses.

Más allá de la polémica propia de esta situación, lo cierto es que la política exterior venezolana, ha asumido un carácter revisionista, intentando utilizar su condición de PETROESTADO, como un ariete que le permita quebrar la voluntad autónoma y soberana de los países de la región. Esto empieza a generar el aislamiento del país, el cual empieza a ser visto en los foros internacionales como un socio poco confiable, cuya agenda y cuyos intereses no son colocados de manera transparente sobre la mesa de negociación. Se trata de una diplomacia inmadura, con objetivos so-

bre-extendidos que difícilmente reflejan los contenidos del interés nacional venezolano, pero que más aun, de manera inesperada ha terminado por dañar la imagen venezolana en el exterior.

*Profesor de la UCV

